

**APORTACIÓN AL ESTUDIO DE LAS MISIONES EN
AMÉRICA: LOS CAPUCHINOS ARAGONESES
Y LA MISIÓN DE CUMANÁ (1650-1810)**

Miren Maite ABAURRE VALENCIA
Luis LONGÁS OTÍN, O.F.M. Cap.

El inicio de cualquier misión en Indias debía ir precedido del permiso real, por el que se otorgaba a una orden religiosa cierto territorio donde predicar el Evangelio entre los aborígenes. Este lugar misional, de límites generalmente imprecisos, comprendía una vasta extensión de tierras ya exploradas, al menos en parte, por los conquistadores.

La labor misional comenzaba con el asentamiento de los religiosos en un territorio vecino a los ya poblados por españoles. Desde allí, habitualmente acompañados por algún indígena acostumbrado al trato con blancos, los misioneros se internaban en la región que deseaban evangelizar. Una vez establecido el contacto con los indios, se fundaba, con un grupo reducido de ellos, un *pueblo de misión*, en el que permanecía un fraile encargado de la administración del mismo y de la evangelización de sus pobladores.

En la misión, los bienes eran comunes y los indios trabajaban la tierra o cuidaban del ganado bajo la vigilancia del misionero, cuya autoridad era indiscutible, aunque éste nombraba capitanes o justicias entre los aborígenes para ayudarle en sus tareas. En ocasiones, los misioneros contaban también con el apoyo de un pequeño grupo de soldados enviados por el virrey o el gobernador como medida de protección; son las llamadas *escultas de misión*.

Las citadas fundaciones constituían en conjunto la *misión*, gobernada desde la Prefectura, lugar donde residía la autoridad superior de la orden, el prefecto, elegido cada tres años por los misioneros reunidos en capítulo. Cuando un pueblo de misión se consideraba suficientemente organizado y los indios arraigados a la nueva forma de vida, se transformaba en *doctrina* y pasaba a depender del clero secular y de la autoridad civil. Las Iglesias de las misiones, convertidas en *doctrinas*, obtenían la categoría de parroquias, debiendo ser provistas de sacerdotes seculares, quienes se encargaban en adelante de la instrucción de los indios y de la administración de los sacramentos. Desde ese momento, también se nombraban corregidores y se imponía la tributación¹.

En líneas generales, éste es el esquema básico de organización de las misiones en Indias, que hubo de modificarse a veces en virtud de las circunstancias; a continuación, pasaremos a examinar el caso venezolano y, muy especialmente, la misión de los capuchinos aragoneses en Cumaná.

1. LOS EVANGELIZADORES DE VENEZUELA

Fueron cuatro las órdenes religiosas que trabajaron en la evangelización del extenso territorio que hoy abarca Venezuela. Franciscanos, dominicos, jesuitas y capuchinos compartieron esta ingente labor misional, y, aunque

¹ MORÓN, Guillermo, *Historia de Venezuela*, t. IV, BAHN, Caracas, 1971, pp. 643-644. Para ampliar información sobre este tema véase BORGES, Pedro, *Misión y civilización en América*, Ed. Alhambra, Madrid, 1986.

cada orden tenía estilo propio y contó con diferentes oportunidades y circunstancias, lo cierto es que todas vivieron experiencias muy similares².

Al igual que en otras partes de América, los *franciscanos* estuvieron presentes en territorio venezolano poco después de iniciarse la conquista, pero los primeros intentos de establecer conventos y misiones fracasaron ante la hostilidad de los indios y la debilidad de los asentamientos españoles. Su definitiva instalación se produjo en 1575, con la fundación del primer convento y de la provincia franciscana de Santa Cruz de Caracas. Desde esta base prosiguieron su labor, con tal éxito que a mediados del siglo XVII ya tenían conventos en Trujillo, El Tocuyo, Barquisimeto, Carora, Maracaibo, Coro y Valencia.

Sin embargo, los franciscanos no tuvieron misiones propiamente dichas hasta 1656. Píritu, aldea situada a unos 80 km al oeste de Barcelona, junto al río Unare, dio nombre y fue el centro de las actividades misioneras de los franciscanos en Venezuela. Los hombres de la misión de Píritu no dependían oficialmente de la provincia de Santa Cruz de Caracas, y, mientras que la mayoría de los franciscanos de Caracas fueron criollos, venezolanos de nacimiento, los de Píritu, eminentemente misioneros, procedieron de España casi en su totalidad³. El territorio inicial de la misión abarcaba la provincia de Nueva Barcelona hasta el río Orinoco, donde fundaron unos 42 pueblos con más de 20.000 indios. Más tarde pasaron al otro lado del gran río, extendiéndose por la cuenca del Caura, desde Cuchivero al Brasil actual, región en la que fundaron unas 38 poblaciones.

Las misiones que los *dominicos* tuvieron en Venezuela dependieron siempre de la provincia religiosa de San Antonio del Nuevo Reino de Granada, de donde recibían apoyo e instrucciones. En el siglo XVI, y sobre todo a partir de 1560, trabajaron en Barinas, Apure y Pedraza, pero se vieron obligados a abandonar esta empresa debido a la hostilidad de los indios, que invadían constantemente los poblados misionales. A principios del siglo XVIII, probablemente hacia 1710, reanudaron su labor en las tie-

² LOMBARDI, John V., *Venezuela*, Ed. Crítica, Barcelona, 1985, p. 105.

³ *Ibíd.*, pp. 100-103.

rras que hoy comprenden los Estados de Apure y Barinas, donde perduraron hasta 1811, realizando unas veinte fundaciones.

Como los dominicos, los *jesuitas* tenían su centro en Nueva Granada y sus misiones venezolanas fueron más bien una prolongación de las establecidas en los Llanos de Casanare (Colombia). Desde allí se extendieron hacia el Alto Orinoco, estableciéndose especialmente en la zona donde éste confluye con el Meta. Esta penetración se desarrolla a partir de 1681, fundando algunos pueblos de efímera existencia, a causa de los continuos levantamientos indios. La época floreciente de estas misiones comienza en 1721, viéndose truncada en 1767 con la expulsión de la orden de todos los territorios pertenecientes a la Corona española. A lo largo de estos 55 años, se fundan unos veinte pueblos de misión, aunque no todos estuvieron emplazados en el actual territorio venezolano.

En cuanto a los *capuchinos*, fueron cuatro las misiones que establecieron en Venezuela, todas ellas de gran extensión. Ordenadas cronológicamente, son las siguientes:

- *Misión de Cumaná*. Corrió a cargo de los capuchinos de la provincia de Aragón, quienes se hallaban ya en Venezuela en 1657. Comprendió parte de la antigua provincia de Nueva Andalucía, concretamente la zona de los llanos de Cumaná, extendiéndose hacia el sur del Orinoco y su delta. Desde mediados del siglo XVII hasta 1811, fundaron cuarenta y cinco pueblos, sin contar los que por diversas causas no subsistieron.

- *Misión de los Llanos de Caracas*. Iniciada en 1658, estuvo a cargo de los capuchinos andaluces, que se extendieron por una amplia zona entre Cumaná, el Caribe, los ríos Orinoco y Meta y el lago de Maracaibo, territorio en el que fundaron unos ciento siete pueblos. Como prolongación de la de los Llanos, surgió a mediados del siglo XVIII otra misión, desaparecida en 1773 y que abarcó una extensa región en las fuentes del Orinoco y Rionegro, lindando con jesuitas y franciscanos.

- *Misión de Trinidad y Guayana*. Encomendada a los capuchinos de la provincia de Cataluña, dio comienzo en 1678, fecha en que arriban los pri-

meros misioneros a la isla de Trinidad. La actividad misional se extiende en 1682 a la zona de Guayana, llamada también del Caroní por comprender la región que recorre dicho río hasta un poco más arriba de su confluencia con el Orinoco. Esta zona de misión recibió un gran impulso a partir del primer cuarto del siglo XVIII, en detrimento de la de Trinidad, que quedó prácticamente abandonada.

• *Misión de Maracaibo*. Establecida en 1693, tuvo a su frente a los capuchinos valencianos. Se extendió desde las costas orientales del golfo de Maracaibo por el este, hasta el río Magdalena por el oeste, teniendo al norte el Caribe y como límite sur la ciudad de Ocaña. Fue dividida en 1749, asignándose a los capuchinos valencianos la parte de Santa Marta y la Guajira y a los navarros la zona de Maracaibo y La Grita. Entre unos y otros misioneros fundaron un total de veintiséis pueblos⁴.

La guerra de Independencia terminó en Venezuela con los establecimientos misionales, pues los revolucionarios tuvieron como norma expulsar a los religiosos de misiones y doctrinas e incluso del país. Las misiones de Guayana, que eran muy prósperas en el momento de la lucha, sufrieron además una extinción radical.

«Una razón poderosa explica ese exterminio: las misiones, ricas en ganados, fueron utilizadas en un primer momento para la defensa *realista*, como que los misioneros eran españoles peninsulares. Los *republicanos* aprovecharon en algunas circunstancias los ganados misionales; por razones logísticas y políticas llegaron a sacrificar en Caruachi (1817) a los frailes. No hubo en ese acto animadversión de tipo religioso, sino llana y simple función de guerra. Los frailes fueron vistos como enemigos capaces de influir en los acontecimientos»⁵.

Sin embargo, algunos misioneros abrazaron la causa revolucionaria, como el capuchino aragonés fray Ramón de Calanda, que en 1816 fue remitido a España, expedientado por adhesión y apoyo a los republicanos⁶.

⁴ MORÓN, Guillermo, *op. cit.*, pp. 645-648; CARROCERA, Buenaventura de, *Misión de los Capuchinos en Cumaná*, en *Fuentes para la Historia colonial de Venezuela*, t. I, BAHN, Caracas, 1968, pp. XIII-XVII.

⁵ MORÓN, Guillermo, *op. cit.*, p. 649.

⁶ CARROCERA, Buenaventura de, *op. cit.*, pp. 408-409.

Que las expulsiones o muertes de religiosos no obedecieron a motivos puramente religiosos, sino a razones de guerra, puede quedar demostrado por el hecho de que, el 11 de julio de 1828, Simón Bolívar decretara el restablecimiento del ingreso a los conventos regulares de individuos menores de veinticinco años, con objeto de que se dedicaran luego a la obra de misiones entre indígenas. Este decreto habla de la necesidad de restablecer las misiones de Cumaná, Barcelona, Barinas, Maracaibo y Guayana, destruidas «a consecuencia de la dilatada guerra».

En 1858, la *Convención Nacional de Valencia* autoriza que el poder ejecutivo solicite sacerdotes europeos con destino a las misiones de Guayana. En 1890, se encarga al arzobispo de Caracas la recluta de cincuenta religiosos para las misiones de Yucuray, Delta, Guajira y Bolívar, y tres años después se establece que el Delta, Caura, Alto Orinoco, Amazonas y Guajira son región de misiones católicas. De esta manera quedan restablecidas las misiones, bajo la custodia de los capuchinos, y se crea un Vicariato independiente para aquellas zonas⁷.

2. LA MISIÓN DE CUMANÁ

2.1. Fundación

Los capuchinos se incorporaron tardíamente a la obra evangelizadora de América, debido principalmente a la gran oposición que encontraron en el Consejo de Indias. Este supremo organismo aducía, en primer lugar, que ya estaban señaladas las órdenes religiosas que tenían el privilegio y, en cierto modo, la exclusiva de pasar a Indias, como era el caso de franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios y jesuitas, y, en segundo lugar, que los capuchinos no poseían ningún convento en América; así pues, dado que estaba prohibido el paso de religiosos que no los tuvieran, era impensable realizar con aquéllos una excepción. De este modo quedó establecido un círculo vicioso que parecía imposible de romper⁸.

⁷ MORÓN, Guillermo, *op. cit.*, pp. 650-651.

⁸ CARROCERA, Buenaventura de, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capu-*

No obstante, la puerta se abrió gracias a los esfuerzos de un capuchino de la provincia religiosa de Aragón, fray Francisco de Pamplona, quien, tras prometer que los capuchinos no fundarían conventos en América, consiguió el ansiado permiso, confirmado por real cédula de 10 de enero de 1647. Por ella se le autorizaba para ir, con cuatro religiosos más de su orden, a la conversión de los indios del Darién (Panamá).

Aunque la misión del Darién fracasaría a los pocos años de haber sido fundada, sirvió de punta de lanza para romper la oposición del Consejo de Indias hacia la Orden Capuchina, abriéndole otras rutas de evangelización en tierras americanas. De este modo fue posible iniciar la de Cumaná, la primera de las cuatro que los capuchinos españoles establecerían en el actual territorio de Venezuela, todas tan importantes que un historiador jesuita ha escrito: «Los grandes misioneros venezolanos fueron los capuchinos, dirigidos por un hombre excepcional, Fray Francisco de Pamplona»⁹.

En realidad, las misiones capuchinas en Venezuela tuvieron su origen en un acontecimiento casual. Fray Francisco obtiene en abril de 1650 permiso para embarcarse, acompañado de otros tres religiosos, rumbo a la isla de Granada, con el fin de dedicarse en ella a la evangelización de sus habitantes. Sin embargo, cuando arriban a la citada isla la encuentran en poder de los franceses, por lo que deciden seguir viaje hasta Margarita. Desde allí pasaron a tierra firme, donde iniciaron la evangelización de los indios cumanagotos.

Para poder llevar adelante esta labor recién comenzada eran necesarios más misioneros y, sobre todo, contar con la autorización de la Congregación de Propaganda Fide y del Consejo de Indias. Con estos objetivos fray Francisco emprendió viaje a España, pero ni siquiera llegó a embarcar, pues murió en el puerto de La Guaira en agosto de 1651. Por si fuera poco, una real cédula de 31 de diciembre del mismo año instaba a sus compañeros, los PP. Lorenzo de Magallón y Antonio de Monegrillo, a abandonar las Indias y regresar a España.

chinos, Universidad Católica «Andrés Bello», Caracas, 1981, pp. 9-10.

⁹ VV.AA., *Los Capuchinos en la Península Ibérica*, Sevilla, 1985, p. 337.

Ante tal contrariedad, el P. Magallón no perdió la esperanza de volver a las misiones. Como buen aragonés, luchó con tesón durante años, insistiendo ante el Consejo de Indias y presentando memoriales y súplicas a Felipe IV hasta obtener el permiso necesario para continuar la labor misionera, en virtud de una real cédula de 20 de enero de 1657. Al mismo tiempo, el monarca expide otra cédula por la que ordena al gobernador de Nueva Andalucía, Pedro de Brizuela, señale a los capuchinos un lugar conveniente donde misionar¹⁰.

2.2. El territorio y sus habitantes

Dentro del territorio comprendido por la Gobernación y Capitanía General de Nueva Andalucía desarrollaron sus actividades de misión franciscanos, capuchinos catalanes y capuchinos aragoneses; los primeros en Nueva Barcelona, los segundos en Guayana y los terceros en Cumaná. La zona donde deberán organizar su misión estos últimos queda señalada en febrero de 1658 por el gobernador Brizuela:

«El valle de Cumanacoa, que cae a barlovento de esta ciudad y ocho o diez leguas la tierra adentro... en las sierras y partes que vienen a dar a la mar y que caen dentro de los linderos de este gobierno y hasta alindar con la Guayana, donde hay sinnumero de indios que jamas han tenido conocimiento de nuestra santa fe»¹¹.

En esta zona, que comprendía los actuales Estados venezolanos de Sucre, Monagas y parte del Territorio Federal Delta Amacuro, el principal núcleo habitado por españoles era Cumaná, capital de la provincia, que se convertirá también en capital de la misión de los capuchinos aragoneses. Fundada en 1562 por el dominico fray Francisco de Montesinos, se llamó Nueva Córdoba hasta 1591, fecha en que obtiene el título de ciudad y pasa a denominarse definitivamente Cumaná. Otras ciudades importantes eran

¹⁰ CARROCERA, Buenaventura de, *Misión de los Capuchinos en Cumaná*, pp. 10-11.

¹¹ CARROCERA, Buenaventura de, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capuchinos*, p. 14.

San Baltasar de los Arias o Cumanacoa y San Felipe de Austria o Cariaco¹².

La población indígena estaba formada por seis grupos o naciones de indios: chaimas, caribes, coacas o cuacas, cores, parias o pariagotos y guaraúnos. Los *chaimas* eran los más numerosos y se distinguieron por su buen carácter y docilidad, de tal modo que se formaron con ellos la mayor parte de los pueblos de misión; su lengua, de la familia caribe, fue la más conocida y hablada por los misioneros. Los *caribes*, reacios al sometimiento, constituyeron un obstáculo para la reducción de los restantes indios con quienes estuvieron siempre en guerra. Los *cuacas* eran poco numerosos y estuvieron muy mezclados con los chaimas en las misiones, así como los *cores*. Más importantes y numerosos fueron los *parias* o *pariagotos*, que poblaban principalmente la península del mismo nombre y se extendieron además por las costas del golfo Triste; poseían lengua propia pero conocían perfectamente la chaima. Los *guaraúnos* se adaptaron fácilmente al sistema de misiones, sobre todo cuando estaban mezclados con chaimas; su lengua ha perdurado y actualmente la hablan unas ocho mil personas.

En cuanto al número de indios que poblaban las tierras cumanesas cuando llegaron los primeros religiosos, no puede determinarse ni siquiera de manera aproximada. A pesar de las noticias que los misioneros aportan en sus escritos, la estadística más fiable es la extraída del empadronamiento oficial de 1792, según la cual las provincias de Cumaná y Nueva Barcelona poseían un total de 86.083 habitantes, de los cuales 42.615 eran indios, 27.787 agrupados en doctrinas y 14.828 en pueblos de misión. Por su parte, HUMBOLDT señala que a finales del siglo XVIII había unos 15.000 indios en las misiones de los capuchinos aragoneses, es decir, en Cumaná¹³.

2.3. Etapas de la misión

Desde que se fundó el primer poblado de misión, en 1659, hasta 1700, los religiosos concentraron su atención en la evangelización de los indios chaimas, en la región comprendida entre la costa de Cumaná y el río Cari-

¹² MORÓN, Guillermo, *Breve historia de Venezuela*, Espasa Calpe, Madrid, 1979, pp. 86-87.

¹³ CARROCERA, Buenaventura de, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capuchinos*, pp. 44-57.

pe, avanzando hacia el Guarapiche pero sin llegar a sus márgenes, pues es territorio caribe y zona frecuentemente visitada por piratas franceses.

En esta primera etapa se fundan once poblaciones, que perdurarían, y seis de breve existencia. Al primer grupo pertenecen las siguientes: Santa María de los Ángeles del Guácharo (1659); Nuestra Señora del Pilar (1662), destruida en 1674 y reedificada en 1675; San Juan Bautista (1662), destruida en 1674 y reedificada en 1680; San Francisco (1664), destruida en 1674 y reedificada en 1691; San José de Areocuar (1667); Santa Cruz de Casanay (1681); Jesús del Monte Catuaro (1681); San Fernando (1689); San Antonio de Guaipanacuar (1691); San Pedro y San Pablo del Rincón (1691), y San Lorenzo Mártir de Caranapuey (1697). Las poblaciones que no subsistieron fueron: El Salvador (1663), Nuestra Señora de Belén de Mapuey (1674), San Miguel de Aceicuar (1681), La Visitación de Santa Isabel (1688), San Juan Evangelista de Botuco (1697) y La Inmaculada Concepción de Maparicuar (1700).

Desde 1700 a 1736, la misión se extiende hasta el Guarapiche, se fundan 16 poblaciones misionales y se consolidan las existentes, convirtiéndose diez de éstas en doctrinas (1713). Las misiones fundadas en esta etapa y que subsistieron son: San Antonio de Capayacuar (1713), Santa Ana de Sopocuar (1714), San Francisco de Guayacuar (1714), Santa Cruz de Cumaná o Payacuar (1716), San Félix de Cantalicio de Ropopán (1718), La Purísima Concepción de Cocuizas (1728), Santa Teresa de Jesús de Chaguaramal (1728), San Francisco Javier de Punseres (1728), Santo Domingo de Guzmán de Caicara (1728), San Miguel de Guanaguana (1732), San Fidel de Sigmaringa de Teresén (1733), La Conversión de San Pablo de Caracatal o Coicuar (1734), y el Santo Ángel Custodio de Caripe (1734). No perduraron San Miguel Arcángel de Caripe (1717), San José de Guatatar (1728) y La Divina Pastora de Caripe (1733).

Entre los años 1736 y 1760, las labores misioneras se extienden a la península de Paría y costa del golfo Triste, regiones habitadas por parias y guaraúnos. Se fundan en esta época El Patrocinio de San José de Irapa (1736), San Juan Bautista de Soro (1736), San Carlos Borromeo de Amacuro (1738), Santa María Magdalena de Unare (1749), Santa Bárbara de

Tipirín (1754) y El Salvador de Transfiguración de Acarigua, de efímera existencia (1749-1750).

De 1760 a 1780, la actuación de los misioneros se centra particularmente en los indios guaraúnos que pueblan la región que va desde el golfo Triste hasta el Orinoco y su delta. Fruto de estos años de trabajo son las siguientes fundaciones: Nuestra Señora del Rosario de Yaguaraparo (1760), San Judas Tadeo de Maturín (1760), Nuestra Señora de los Desamparados de Areocuar (1761), Nuestra Señora del Carmen de Aguasay (1766) y San Máximo de Aribí (1766), que desaparece en 1782.

En la última etapa de la misión, que abarca desde 1780 hasta 1810, los capuchinos de Cumaná crean, con una base aborigen de indios guaraúnos del Orinoco, Nuestra Señora de Guía de Uraoa (1784), San Serafín de Tabasca (1784), El Divino Pastor de Areo o Guarapiche (1786), San Rafael de Barrancas (1790) y Guaritica (1791); también se fundan Simara y Cojosanica, poblaciones de corta duración¹⁴.

2.4. La labor misional

Como ya hemos señalado anteriormente, la medida previa para lograr una evangelización eficaz y permanente fue la reducción de los naturales a población, siguiendo métodos acordes con las circunstancias y el carácter de los indios. Dado que los aborígenes de Cumaná, a excepción de los caribes, no eran violentos, sino accesibles y dóciles, los capuchinos aragoneses adoptaron el método *apostólico* de reducción. Acompañados por algún indio ya reducido y que servía de intérprete, sobre todo en los primeros tiempos, los misioneros se internaban por montes y ríos persuadiendo a los indígenas de que se concentrasen en poblados. Los resultados de esta pacífica manera de actuar fueron tan buenos que no se dio el caso de haber sido atacado ninguno de los religiosos en las múltiples incursiones que realizaron.

¹⁴ CARROCERA, Buenaventura de, *Misión de los Capuchinos en Cumaná*, pp. XXXVII-XXXIX; MORÓN, Guillermo, *Historia de Venezuela*, t. II, pp. 412-414.

Una vez lograda la reducción, la preocupación del misionero se centraba en la organización material del poblado, cuyos métodos analizaremos más adelante. A continuación daba comienzo la labor propiamente evangelizadora, con la instrucción y catequización de mayores y pequeños. Como exponente de este trabajo apuntamos unas cifras del P. Torrelosnegros, quien afirma que hasta el 30 de abril de 1780 se habían bautizado 52.864 personas, se habían celebrado 14.496 matrimonios y se llevaban efectuados 26.674 enterramientos cristianos; además, en ese momento se atendían, en pueblos de doctrina o de misión, 12.013 almas.

Sin embargo, la actividad de los misioneros no se limitó a atraer a los indios y concentrarlos en poblados donde instruirlos y convertirlos al cristianismo, sino que procuraron proveerles de los medios necesarios para su subsistencia. El misionero suscitó el interés del indio por el trabajo, distribuyéndole tierras que pasaban a ser de su propiedad —los *conucos* particulares—; le entregaba herramientas gratuitamente, y le obligaba al cultivo diario de su *conuco* y del de la comunidad. De esta forma, cada uno podía proporcionarse al menos lo preciso para vivir.

Para la fabricación de vestidos promovieron el cultivo del algodón e instalaron telares para confeccionarlos en los pueblos. Además del algodón, el cultivo de otros productos, como el añil, el café y el cacao, proporcionó tan buenos resultados que pudieron comercializarse los excedentes. El tabaco alcanzó fama en el mercado por su calidad, siendo comparado al cubano, y gracias a ello los misioneros consiguieron que la Administración de la Renta encargase oficialmente su cultivo a los indios de Cumaná.

Tampoco descuidaron la explotación de la ganadería. La carne constituía un importante componente en la dieta del indio, por lo que cada mañana el respectivo misionero repartía a cada uno de los suyos la porción que le tocaba. En cada poblado había hatos de ganado vacuno, además de otro común a toda la Misión y que se hallaba en los fértiles terrenos de Guayuta¹⁵.

¹⁵ CARROCERA, Buenaventura de, *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capuchinos*, pp. 25-30.

HUMBOLDT admira la forma en que se administraban las misiones de Cumaná; le impresionó especialmente el Santo Ángel Custodio de Caripe, de la que escribe:

«En el conuco comunal encontramos muchas hortalizas, maíz, caña azucarera y cinco mil pies de cafeto, prometedores de una abundante cosecha. En Caripe, el conuco ofrece el aspecto de un grande y hermoso huerto; los indígenas están obligados a trabajar en él todas las mañanas de seis a diez. Los alcaldes y alguaciles de sangre india cuidan del cumplimiento de este deber... Están muy orondos con su categoría; su seriedad pedantesca y taciturna, su porte frío y misterioso, el celo con que desempeñan su papel en la iglesia y en las asambleas de la comunidad, resultan muy divertidas para los europeos... Mientras permanecemos en Caripe y en las restantes misiones de los chaimas, vimos siempre que se trataba a los indios bondadosamente. El guardián del monasterio vende la cosecha del conuco de la comunidad, y como los indios trabajan en él, todos tienen igual parte en los beneficios. Se les distribuye maíz, prendas de vestir, instrumentos de labranza y, según nos aseguran, a veces incluso dinero»¹⁶.

La labor de organización social del indio en los pueblos de misión no tendió a aniquilar su cultura. Los misioneros procuraron respetar las costumbres indígenas, siempre que no fueran en contra de la moral cristiana, y aprendieron sus lenguas, transmitiéndolas a la posteridad a través de valiosos escritos. Claro exponente de esta labor cultural son las siguientes obras:

- *Arte y vocabulario de la lengua de los indios chaimas, cumana-gotos, cores, parias y otros diversos de la Provincia de Cumaná o Nueva Andalucía, con un tratado a lo último de la Doctrina cristiana y Catecismo de los misterios de nuestra santa fe*, escrita por el P. Francisco de Tauste, publicada por primera vez en Madrid en 1680 y reeditada en edición facsímil por Julio Platzmann, en Leipzig, en 1888.
- *Catecismo de la Doctrina cristiana en lengua de los indios chaimas*, obra del P. Francisco de la Puente, publicada en Madrid en 1703.
- *Instrucción para los confesores en lengua chaima o Confesionario*, del P. Juan del Pobo. Desconocemos si llegó a imprimirse.
- *Doctrina cristiana en lengua india*, escrita por el P. Joaquín de Alquézar. Fue aprobada para su publicación en 1723 pero no consta su impresión.

¹⁶ HUMBOLDT, Alejandro de, *Del Orinoco al Amazonas*, Ed. Guadarrama, Barcelona, 1981, pp. 76-77.

- *Doctrina cristiana y catecismo para la más breve enseñanza de los indios de la nación chaima*, cuyos autores fueron los PP. Francisco de la Puente, Joaquín de Alquézar y Esteban de Arizala. No hay datos de su posible edición¹⁷.

2.5. Los misioneros

Hasta ahora hemos trazado una panorámica general sobre la misión de Cumaná: el territorio por el que se extendió y los pobladores del mismo, las fundaciones realizadas, las labores evangelizadoras, etc. Sin embargo, apenas hemos mencionado a los hombres que protagonizaron esta porción de la historia de Venezuela: los misioneros.

Sabemos que fueron no menos de 230 los religiosos capuchinos que ejercieron su apostolado misionero en tierras cumanasas. La mayor parte de ellos pertenecían a la provincia religiosa de Aragón, pero colaboraron otros de las provincias de Navarra, Cataluña y Castilla.

De los documentos publicados por el P. Buenaventura de CARROCERA sobre la misión de Cumaná hemos seleccionado tres¹⁸, que nos dan noticia de casi todos los capuchinos que trabajaron allí en el período 1650-1795.

¹⁷ CARROCERA, Buenaventura de, *Las Misiones Capuchinas de Cumaná*, «Missionalia Hispánica», XVII, núm. 51 (Madrid, 1960), pp. 80-84; *Lingüística indígena venezolana y los misioneros capuchinos*, pp. 65-81.

¹⁸ *Memoria de todos los religiosos capuchinos que estuvieron en la misión, con anotación del año de su llegada, desde 1650 a 1760, por el Prefecto Manuel de La Mata, Santa María de los Angeles, 22 de noviembre, 1763* (Archivo General de Indias, Caracas, 222), publicado en *Misión de los Capuchinos en Cumaná*, t. III, pp. 305-318; *Informe del estado de la misión de Cumaná, religiosos que en ella había, que habían muerto o vuelto a España desde 1780 a 1788, dado por el P. José de Sipán, procurador de aquella misión en España, Zaragoza, 12 de noviembre, 1788* (Archivo General de Indias, Indiferente General, 2.981), *ibíd.*, pp. 527-531; *Exposición del Gobernador de Cumaná, D. Vicente de Emparán, dirigida al rey, informándole de la necesidad del envío de más misioneros y al mismo tiempo de la situación de la misión de Cumaná, nombres de los Capuchinos que en ella había, ocupaciones de cada uno, edad y años de misionero, Cumaná, 16-17 de mayo, 1795* (Archivo General de Indias, Caracas, 131 y 360), *ibíd.*, pp. 538-545.

Esta documentación nos ha permitido realizar una ficha personal de cada misionero, en la que constan los siguientes datos:

- 1.- Nombre del religioso, compuesto por un antropónimo y un topónimo, que expresa su lugar de nacimiento, ya que en aquella época los capuchinos cambiaban por otro su nombre de pila y no utilizaban el apellido familiar.
- 2.- Provincia religiosa a la que pertenecía.
- 3.- Año de llegada a las misiones.
- 4.- Año de muerte en Indias o de regreso a España.

Estas noticias individuales, trasladadas a tablas de datos, nos han permitido extraer resultados generales sobre:

- 1.- El número aproximado de misioneros que llegan a Cumaná entre 1650 y 1795.
- 2.- Las provincias religiosas de que eran miembros.
- 3.- Sus procedencias geográficas, regiones y provincias en que nacieron.
- 4.- Número de religiosos muertos en Indias.
- 5.- Número de los que regresan a España.
- 6.- Tiempo medio de estancia en las misiones.

Cuando alguno de los datos personales de cada misionero no figura en la documentación o plantea serias dudas se ha hecho constar en las conclusiones. Aclarado el método de trabajo, pasemos a conocer los resultados.

En primer lugar, debemos señalar que fueron al menos 182 los capuchinos que llegan a la misión de Cumaná desde 1650 hasta 1795 (53 en el período 1650-1699 y 129 en la etapa 1700-1795), lo que indica que el paso de misioneros fue constante y regular a lo largo de los siglos XVII y XVIII. También hemos podido determinar que ciento cincuenta y seis pertenecían a la provincia religiosa de Aragón, doce a Navarra, diez a Cataluña y dos a Castilla; de dos de ellos no poseemos datos concretos.

La pertenencia a una u otra provincia religiosa no expresa necesariamente la procedencia geográfica de los misioneros; así, por ejemplo, el

mencionado Fr. Francisco de Pamplona era miembro de la provincia capuchina de Aragón, siendo originario, como su nombre especifica sobradamente, de Navarra. Gracias al topónimo presente en el nombre de cada religioso hemos podido determinar, en gran parte de los casos, el lugar de donde eran naturales, aunque no siempre puede afirmarse con rotundidad debido a la existencia de topónimos idénticos en distintas partes de la geografía española. Teniendo muy presente este punto, los resultados son los siguientes:

Por regiones:

ARAGÓN	142
Baleares	4
Castilla	10
Cataluña	7
Navarra	11
Sin datos	8

Por provincias:

Baleares	4
Barcelona	4
Cuenca	1
Gerona	2
Guadalajara	1
HUESCA	17
Logroño	2
Madrid	1
Navarra	11
Soria	3
TERUEL	49
ZARAGOZA	56
Sin datos	31

En cuanto a los misioneros que fallecen en Indias, tenemos seguridad de que fueron al menos setenta, de los cuales la mitad eran aragoneses. Se-

gún nuestros datos, sólo tres mueren asesinados por los indios: Miguel de Albalate, Ramón de Figueroa y Francisco de Tauste; el resto fallecen en las misiones o en el viaje de regreso a España, lo que parece indicar que volvían enfermos. No podemos olvidar que el clima y las enfermedades propias de la aclimatación (cólera, disentería, tifus, deshidratación, insolación, infecciones y picaduras de insectos, etc.) solían afectar, en ocasiones mortalmente, a quienes pasaban al Nuevo Mundo, y los capuchinos aragoneses no serían una excepción.

A título ilustrativo sobre este tema recogemos unas palabras que, si bien se refieren a los oficiales y soldados del Ejército de América, pueden hacerse extensivas a los misioneros:

«La notable diferencia de clima y temperamentos originan frecuentemente muertes repentinas, enfermedades agudas que quitan la vida inmediatamente, o crónicas que inutilizan para siempre a la complexión mas robusta, y esto parece inevitable por una razón física, quando se trata de unos Destinos la mayor parte llenos de Bosques, Rios Lagunas, y Maleza que con los ardientes influjos del sol forman un temperamento calido y humedo cuja constitucion poco analoga a la del Hombre en general propensa a fiebres putridas, intermitentes y malignas, haciendo horrible estrago en la especie humana»¹⁹.

Este panorama explica el hecho de que el número de religiosos muertos antes de ver cumplido un año de su estancia en las misiones sea elevado; otros, sin embargo, como Juan de Cariñena o Francisco de la Puente, dedicaron cuarenta y tres años de su vida a las labores misionales. La media de permanencia de la misión es de 12,36 años, calculada sobre 110 religiosos de los que poseíamos datos seguros sobre su llegada a Indias y sobre su muerte o regreso a España.

Como colofón a este estudio, nos ha parecido interesante incluir una lista de los capuchinos originarios de Aragón que trabajaron en Cumaná desde el inicio de la misión hasta la época revolucionaria. Sus nombres,

¹⁹ *Proyecto para la reforma del Ejército de América, acompañado por una carta de presentación firmada por el Sargento Mayor Don Francisco Carabaño y dirigida al Conde de Campo de Alange, Isla de Trinidad, 4 de noviembre de 1790* (Archivo General de Simancas, Guerra Moderna, 7.199).

que hemos ordenado alfabéticamente, ofrecen un recorrido por tierras aragonesas²⁰.

Abiego, Tomás de
 Albalate, Agustín de
 Albalate, Ángel de
 Albalate, Atanasio de
 Albalate, Bernardo de
 Albalate, Fernando de
 Albalate, Fco. Javier de
 Albalate, Jerónimo de
 Albalate, Miguel de
 Albalate, Pedro de
 Alborge, Manuel de
 Alcañiz, Manuel de
 Alhama, Juan de
 Aliaga, Francisco de
 Alloza, Pascual de
 Almunia, Juan de
 Alquézar, Joaquín de
 Aneto, Pedro de
 Anión, Pedro de
 Añón, Francisco de
 Aquaviva, José de
 Aragüés, Juan de
 Aranda, Daniel de
 Aranda, Francisco de
 Aranda, José de
 Aranda, Matías de
 Argente, Ambrosio de
 Argente, Miguel de
 Ariño, Carlos de
 Atea, Jerónimo de
 Ateca, José de
 Ateca, Juan de

Ateca, Francisco de
 Báguena, José de
 Bañón, Felipe de
 Barrachina, Pedro de
 Bea, Miguel de
 Belchite, Antonio de
 Belchite, Salvador de
 Belmonte, Alberto de
 Belmonte, Lorenzo de
 Berbegal, Miguel de
 Blesa, Antonio de
 Bolea, José de
 Bolea, Lorenzo de
 Borja, Casimiro de
 Borja, Manuel de
 Bubierca, Joaquín de
 Bujaraloz, Orencio de
 Calanda, Antonio de
 Calanda, Bernardo de
 Calanda, Ramón de
 Calanda, Serafín de
 Calasanz, Matías de
 Calatayud, Antonio de
 Camarillas, Cayetano de
 Cantavieja, Jorge de
 Cariñena, Juan de
 Caspe, Braulio de
 Caspe, Camilo de
 Caspe, Félix de
 Caspe, Hipólito de
 Caspe, Juan de
 Caspe, León de

²⁰ Esta lista completa es la publicada por el Grupo Nono-Art en *Los aragoneses y el Nuevo Mundo*, C.A.I., Zaragoza, 1986, ampliándola de 75 a 175 nombres.

Caspe, Luis de	Maluenda, Buenaventura de
Caspe, Martín de	Mallén, José de
Caspe, Pablo de	Más de las Matas, Salvador de
Caspe, Rafael de	Mesones, Vicente de
Caspe, Ramón de	Miravete, Luis de
Castejón, Juan de	Monegrillo, Antonio de
Castejón, Victoriano de	Montalbán, Francisco de
Castelserás, Tomás de	Montalbán, Vicente de
Chiprana, Francisco de	Monreal, Manuel de
El Pobo, Juan de	Montoro, Ramón de
Escatrón, Pedro de	Morata, Joaquín de
Épila, Felipe de	Morés, Antonio de
Épila, Félix de	Muel, José de
Fabara, Miguel de	Muro, Guillermo de
Foz Calanda, Francisco de	Muro, Jerónimo de
Fraga, Antonio de	Obón, Bernardo de
Fraga, Eusebio de	Olvés, Buenaventura de
Fraga, Felipe de	Orcajo, José de
Fraga, Lorenzo de	Palomar, Silvestre de
Frías, Agustín de	Pitarque, Esteban de
Fuendetodos, Agustín de	Ricla, José de
Fuentes, Miguel de	Rillo, Gabriel de
Fuentespalda, José de	Romanos, Francisco de
Gelsa, Mariano de	Rueda, José de
Gelsa, Pedro de	Sabiñán, Pedro de
Godojos, Pablo de	San Martín, José de
Godos, Joaquín de	San Martín, Paciano de
Híjar, Felipe de	Santa Eulalia, Antonio de
Huesa, Francisco de	Sariñena, Félix de
Huesca, Pedro de	Segura, Miguel de
Jaca, Francisco de	Seno, José de
Jarque, José de	Sipán, José de
La Hoz, Juan de	Tabuenca, Lorenzo de
La Mata, Antonio de	Tamarite, José de
La Mata, Manuel de	Tarazona, Eusebio de
La Muela, Salvador de	Tarazona, Luis de
Lécera, Felipe de	Tauste, Francisco de
Longares, Juan de	Tauste, Ramón de
Luco, Joaquín de	Teruel, José de
Magallón, Lorenzo de	Torralba, Pedro de

Torrecilla, Joaquín de
Torre la Cárcel, Antonio de
Torre los Negros, Simón de
Torrellas, José de
Torres, Francisco de
Used, Diego de
Valdealgorfa, José de
Valtorres, Domingo Antonio de
Villafeliche, Salvador de
Villafranca, Domingo de
Villamayor, Gil de
Villanueva, Antonio de
Villanuava de Regollar, Ramón de
Vilhel, Domingo de
Vilhel, Francisco de
Visiedo, Juan de

Vivel, Juan de
Vivel, Pablo de
Zaragoza, Anastasio de
Zaragoza, Atanasio de
Zaragoza, Buenaventura de
Zaragoza, Francisco de
Zaragoza, Ildefonso de
Zaragoza, Jerónimo de
Zaragoza, José de
Zaragoza, Lorenzo de
Zaragoza, Lucas de
Zaragoza, Manuel de
Zaragoza, Nicolás de
Zaragoza, Silvestre de
Zaragoza, Simón de